

Rastros de vida

La pupila incesante. Obra poética (1988-2013)

RÓMULO BUSTOS AGUIRRE

Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2016, 401 pp.

ELEGANTE SUENA decir que se ha nacido en Santa Catalina de Alejandría. Solo una persona ha nacido en ese lugar, el poeta colombiano Rómulo Bustos Aguirre, y hay que agregar que es colombiano, porque sus otros paisanos nunca agregan su lugar de nacimiento, Alejandría, el nombre de la ciudad egipcia del faro y la biblioteca destruidos donde viniera al mundo el poeta Constantino Cavafis.

El hilo invisible de las concordancias ordena otros aspectos. Según cuenta Darío Jaramillo Agudelo, en el prólogo que hace a *La pupila incesante*,

Julio Alberto, padre del poeta, convirtió los dos estantes de libros que poseía en la biblioteca del pueblo y puso a la entrada el letrero: “Biblioteca Pública de Santa Catalina.” Sin embargo, me asegura Rómulo que el primer bibliotecario, en todo caso, fue él, puesto que era quien atendía a los estudiantes de primaria que acudían a consultas. Por una especie de justicia poética, la actual biblioteca municipal de Santa Catalina de Alejandría lleva el nombre del escritor.

(p. 9)

Santa Catalina de Alejandría está a orillas del mar Caribe, en la frontera que separa el departamento de Bolívar y el del Atlántico. El espacio geográfico que rodea al municipio de Rómulo Bustos es un territorio de imágenes naturales, al que se llega por la carretera de la Cordialidad, la que une a Cartagena y Barranquilla. El que salga de cualquiera de sus dos puntas extremas atraviesa una tierra vegetal, húmeda, que reverdece o se seca según la temporada de inclementes lluvias o ardientes soles. Ahí, en medio de esa distancia, nació y creció Rómulo Bustos, sobre el eje de un calor salitroso que salía de las grandes piscinas de sal cavadas, una tras otra, en el cercano corregimiento de Galerazamba, bajo la mirada de los empleados y trabaja-

dores del Banco de la República que las explotaban y administraban.

La poesía tiene su paisaje, que es visto o creado por los ojos o la mente de quien tenga visión poética, pupila incesante. Rómulo Bustos, desde su nacimiento, involucra el factor paisaje. En él se da como un atributo de nacimiento. El cielo de Santa Catalina de Alejandría, cielo que conocí en mi juventud, nunca deja de parecerse a un cielo aunque a veces, como si fuera una lona azul, se siente como templado con cuerdas de acero, y en su bóveda, como una mano gigante que carga aves, se contempla el vuelo de garcetas, garzas, flamencos y alcatraces que vienen de la cercana y solitaria ciénaga del Totumo, en cuyas aguas se asomaba, hacia atrás en el tiempo, cuando aún no la profanaba la chabacanería de los turistas, el cono enano del volcán también llamado del Totumo, de lava espesa, el cono enano de la loma picuda que respira burbujeante a través de la indecente jeta de su cráter.

Y ahí, en ese espacio, jugaba y corría el niño Rómulo. Creció como lector y bibliotecario. En esa dimensión de espacio-tiempo comenzó a formar la entusiasta resonancia de las palabras que habían de aparecer en sus libros y que muchos creen que no tienen sustento, sino que son solo imágenes tomadas del aire.

En ese meterse al mar, en ese perseguir iguanas y lobitos, en ese meterse en la Biblioteca Pública de Santa Catalina, se produjo el hormigueo íntimo, el estremecimiento de estar ante algo invisible que la ciencia, la teología o la semántica no pueden explicar. Se trata del estremecimiento de lo propio por lo cual el poeta duda y se reconoce:

Cada día retorna intacto nuestro temblor de niños
Vuelve entonces
a abrumarnos la grandura del mundo.

(p. 16)

Siete libros recogen ese vivir, ese leer. En orden cronológico, conforman el espeso volumen de 401 páginas de la antología: *El oscuro sello de Dios* (1988), *Lunación del amor* (1990), *En el traspasio del cielo* (1993), *La estación de la sed* (1998), *Sacrificiales* (2004), *Muerte y levitación de la balle-*

na (2010) y *La pupila incesante* (2013), que da cierre al mamotreto, como lo hubiera llamado León de Greiff.

Todos y cada uno de estos libros publicados parecen girar en una rueda del tiempo. Cada uno es una respuesta cierta o inverosímil a las preguntas permanentes de animales, objetos o a cualquier necesidad que requiera ser mencionada. En la poesía de Rómulo Bustos hay diversidad y aparición de lo insólito, de lo impensado. Un filósofo griego puede ser similar a un grillo, como sucede con el título “Contra Parménides o la mariapalito”. En los siete libros, la línea está en tratar lo intrascendente como si pudiera ser trascendente: “La inmovilidad de la mariapalito podría haber dado / a ciertos filósofos / razonamientos más convincentes que el de la flecha / o aquel otro más divulgado de Aquiles y la tortuga” (p. 275). Todos los poemas son una observación, nada se pasa por alto, todo habla cuando Rómulo Bustos interroga, siempre en el sentido contrario a lo común, y ahí radica uno de los secretos preparativos de su poesía.

La poesía se torna rastro de vida. Carga una realidad que aguanta en su peso complacencias, sentimientos y esa correspondencia con la presencia de la vida en donde Bustos propone y realiza una escritura que sobrepasa los géneros. En Rómulo Bustos el temblor de niño se enlaza en el lenguaje, con la curiosidad, ese atrapar de imágenes que no se sabe si son memoria real o memoria inventada, a esa imagen venida de atrás, de esas sequías, de esos verdos arrastrados por las lluvias del Caribe:

A ese hombre lo vi de niño
Llevando en su mano una jaula
Un poco más usado el gesto de
ociosa inocencia
La sigue llevando como quien porta
una luz
o un distraído sueño
El pájaro ya no está
En verdad nunca ha estado
Pero, a veces, se detiene y aguza al
aire el oído
como si escuchara su canto.

(p. 199)

Rómulo Bustos nos hace entender con mayor claridad lo que siempre está tácito en la poesía: la incertidumbre, el

murmullo que surge de la inseguridad, de esa que camina en línea curva, en el zigzag que se aparta del paso firme, de la tesis que afirma para convencer. El poeta de Santa Catalina de Alejandría no escribe lo que otros dicen. Su mundo es real pero invisible para los ojos y la boca de los que piensan dentro de lo formal y lo común. Su mirada tiene el asombro del niño que está frente a la tierra, ante el descubrimiento de los submundos que tienen fuerza para los eternos asombrados, pero de espaldas a quien, desde la racionalidad adulta, piensa que todo debe ser construcción positiva:

El paco-paco canta con las patas
traseras
Recuerdo un paco-paco que alegró
la noche a todos
los niños de la cuadra
porque confundimos su canto con
los crótalos de una cascabel
Con palos y mochas la buscamos
entre los matojos
Hasta que descubrimos el engaño
En realidad
él ya nos había descubierto antes
con sus grandes ojos de mirar el
mundo.

(p. 290)

En Rómulo Bustos, la armonía poética, que es concordancia, que es equilibrio en el transcurrir de su escritura, se convierte en movimiento y se vuelve tonada. La palabra está configurada como travesuras que se manifiestan en inflexiones, tonos, modulaciones, en una feria de diversiones con carrusel, columpios, montañas rusas, todo un lenguaje que arropa y supera el meollo del texto, extendiendo su señalación para crear una lucidez física. En el poema “Morada”, la poesía suena así:

Nunca como en el caracol
la concha es el animal
la casa el habitante
Fuera lo otro solo un indeseado
huésped.

(p. 209)

En todo su circuito de escritura, el poeta sabe lo que es ser poeta, nada serio; aunque se trate para él, para Bustos, de una gran cantidad de años de la vida con la cabeza metida en la poesía y, como decía Héctor Rojas Herazo, en el papel de herrero que le saca chispas y diamantes a la palabra.

El poema “Poeta” lo delata como un ser que se aparta de la retórica inútil de ensalzar el oficio. Lo que resta es desdibujar a Narciso, sin olvidar que por fuera de la poesía quedan esos otros espacios donde la rutina abruma y el trabajo embrutece:

Sospecha de mí

Es sano sospechar de un poeta
que ha publicado su sexto libro
Mejor aún
sospecha a partir del tercero

Tout le rest pudiera ser literatura
Trampa
Lánguida hipoteca del oficio

Pronto habré publicado el séptimo

Juro que no soy Pedro
pero ya he negado seis veces
Y aún no canta el gallo.

(p. 355)

Álvaro Miranda